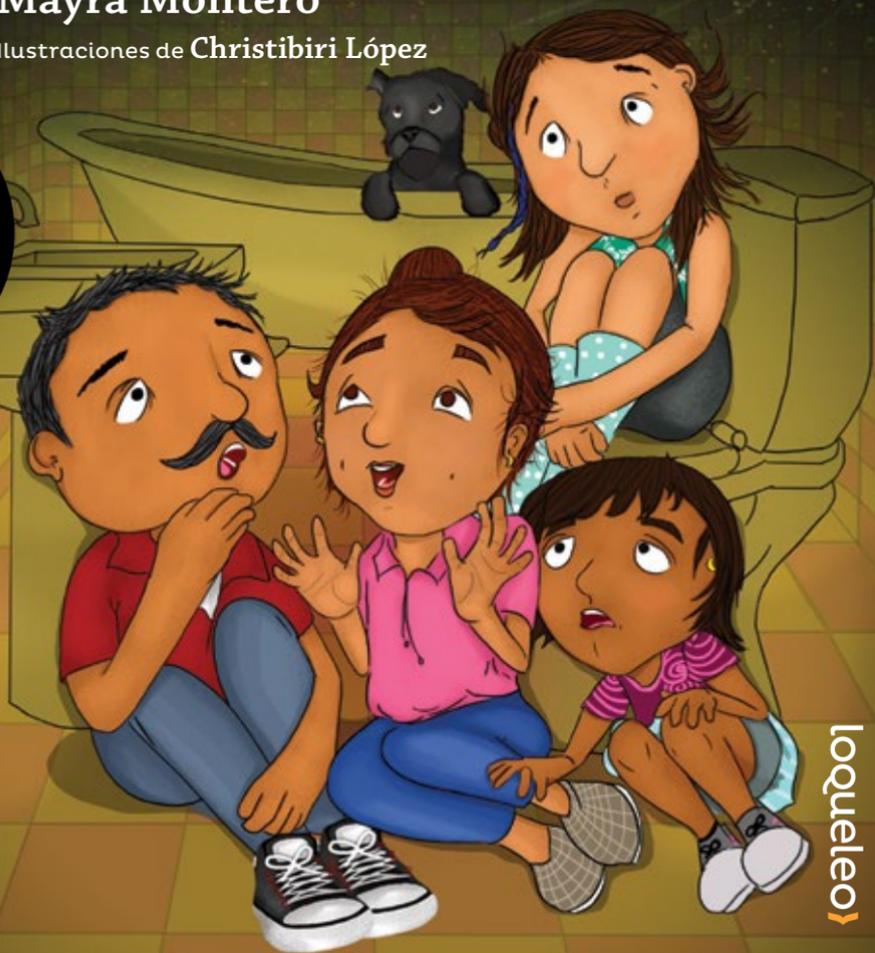


Tuyén y el huracán rojo

Mayra Montero

Ilustraciones de Christibiri López





loqueleo.com/pr

© De esta edición:
2017, Ediciones Santillana, Inc.
Avda. Roosevelt 1506
Guaynabo, Puerto Rico 00968

ISBN: 978-1-61875-700-5
Primera edición: agosto 2017

Impreso en San Juan, Puerto Rico

Directora de la colección: Mayra Méndez Barreto
Editora Ejecutiva: Dra. Susan E. Díaz Boria
Dirección de Arte: Cristino Correa Sierra
Proyecto gráfico: Elsa L. Santiago Díaz
Ilustración de cubierta: Christibiri López

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la Editorial.

Tuyén y el huracán rojo

Mayra Montero

Ilustraciones de Christibiri López

loqueleg



Sentados a la mesa del comedor, quizá por última vez en la vida, esperando el golpe mortal de la tormenta roja, Ariana recordó el día en que conoció a Tuyén.

Era el único recuerdo que podía aliviarla en esa noche en que, tarde o temprano, la desmemoria se apoderaría del mundo.

La desmemoria, leyó Ariana al “gugulear” la palabra en Internet, era algo así como un vacío de imágenes y de palabras, un agujero que se abría en la mente y por el que rodaban los recuerdos como moneditas que caen a la profundidad de un pozo.

Cuando el huracán rojo alcanzara la Tierra, ni ella ni nadie podrían acordarse de las cosas

que se recuerdan siempre, las buenas y las malas: excursiones al Yunque, cumpleaños en la playa, regalos de Navidad, besos en el cine — el primero que le dio Mateo la tarde que vieron *Star Trek*—, ni siquiera se acordarían de los sueños. Nada de nada.

8 Aquel día, después de “gugulear” la palabra *desmemoria*, empezó a fallar la cobertura de la Internet, se fue la luz y dejaron de transmitir los canales de televisión. Eso quería decir que el huracán había llegado a las altas capas de la atmósfera, interfiriendo con los satélites y quizá destruyéndolos. Fue lo primero que le explicó su papá, que era programador de computadoras. Lo segundo que dijo era que no había modo de saber cómo se afectarían a largo plazo las comunicaciones (primero dijo “las ondas electromagnéticas”, pero Ariana no lo entendió) y de qué manera se despertaría el mundo cuando hubiera pasado aquel descomunal ciclón.

Llevaban días viendo cómo el cielo se iba poniendo rojo, pero ahora la tormenta parecía

estar encima de ellos. La ventolera que llegaba a ratos, la lluvia anaranjada y el miedo de los animales, hasta el de los pequeños pájaros que se escondieron, no dejaban lugar a dudas.



Aprovechando esas últimas horas, Ariana decidió hacerle una carta a su hermana Lara, mayor que ella por dos años, aunque por el carácter que tenía, pareciera que le llevara veinte. A su hermana hubiera podido hablarle en lugar de escribirle. De hecho, Lara estaba en la casa, encerrada en su habitación. A Ariana le hubiera bastado ir a su cuarto, abrir la puerta (si no había puesto el seguro), y contarle la historia de la niña que supo de la llegada del ciclón antes que nadie, y cuyo nombre era Tuyén, que quería decir “ángel” en vietnamita, que era el idioma del país de sus padres.

A pocas horas (o minutos) de que temblara el planeta, sacudiéndose en las garras de aquella nube enfurecida, y de unos vientos jamás sentidos por ningún ser vivo en la historia de la humanidad —quizá tan solo por los dinosaurios, pocos días antes de extinguirse— para Ariana hubiera sido un consuelo desahogarse con su hermana y saber que no se burlaría de lo que iba a contarle. Al fin y al cabo, todavía

quedaba una esperanza, que era el conjuro que Tuyén le reveló al “corillo”, y con el que acaso se podría lograr que la bestia roja se desintegrara en cuanto se acercara a la Tierra.